

DEFENDER Y CAMBIAR LA VIDA

Mujeres en movimientos populares urbanos

Alejandra MASSOLO

Entre las crisis y los cambios de las últimas décadas del fin del milenio, las mujeres latinoamericanas organizadas han logrado un significativo protagonismo en la escena pública. Este artículo hace referencia a algunos aspectos del estudio de la participación de las mujeres en movimientos sociales y, particularmente, destaca la presencia de las mujeres de sectores populares en las acciones colectivas y organizaciones vecinales dirigidas a resolver carencias y mejorar las condiciones de vida en los barrios y asentamientos marginados de las ciudades. Como parte del amplio y heterogéneo movimiento de mujeres, la participación de las pobladoras revela un potencial de fuerza social y una riqueza de experiencias que van más allá de la lucha por las necesidades y demandas materiales básicas, asumida de acuerdo a las obligaciones de los roles de género en la familia dentro de la pobreza urbana.

“Si ladran es porque nos movemos”

Sorprendente y novedosa visibilidad pública han adquirido las mujeres, a través de diversas formas y objetivos de movilización, saliendo de la vida privada doméstica. Ya no son las heroínas históricas las pocas excepciones reconocidas, cristalizadas en los libros de textos, las estatuas, los nombres de calles y las fechas conmemorativas. Son, en cambio, una constelación polifacética y polifónica de mujeres organizadas, con distintos recursos y reclamos, que irrumpe en la escena pública por fuera, al margen y hasta en contra de las estructuras institucionales. De las dictaduras militares y transiciones a la democracia en algunos países, de la crisis económica de los ochenta al temible modelo neoliberal adoptado, se reconocen compartiendo similares carencias, sufrimientos y demandas: buscan, abren y cons-

truyen nuevos espacios de participación y representación social. Muchas de este enjambre laborioso de mujeres se presentan en la esfera pública portando la identidad de sus tradicionales roles de género como madres, esposas y amas de casa. Esta es una identidad que les facilita aventurarse a participar y que manifiesta una impactante capacidad colectiva de protesta, resistencia e influencia. Son mujeres que ya no responden al comportamiento esperado y legitimado por los poderes institucionales y la sociedad. Probablemente éste sea el fenómeno más original del movimiento de mujeres latinoamericanas: la reconversión de los roles de género, tan fuertemente arraigados en las mujeres y la cultura, en sujetos sociales con voz y acción propia, rechazando el mantenimiento del *statu quo* injusto e intolerable.

“Locas”, “marimachas”, “libertinas”, y otros tantos calificativos, caen sobre las mujeres movilizadas en pos del respeto a los derechos humanos, las demandas de bienestar social y calidad de vida, las reivindicaciones de las libertades democráticas y los derechos ciudadanos y los de la mujer. Orientadas al cambio, ponen en crisis el cómodo estereotipo de la mujer latinoamericana sumisa, controlada y conservadora, y levantan polveras de irritación, sospechas y agresiones. Éstos son parte de los riesgos de participar en los movimientos sociales emergentes de América Latina, que han despertado un entusiasta interés de investigación y debate. Pluralidad de nuevos actores sociales y multiplicidad de campos de conflicto, identidades simbólico-expresivas, politización de lo social y alargamiento de la esfera de la política comprendiendo asuntos de la vida cotidiana, prácticas colectivas de carácter particularistas, defensivas y reactivas frente a la crisis, pretensión de autonomía y de un nuevo orden democrático incluyente, lucha por adquirir una ciudadanía efectiva e influyente, son rasgos que se destacan del perfil societal de los movimientos emergentes.

Según lo observa Fernando Calderón (1995: 86): “se asemejan a una galaxia en formación, incandescente y embrionaria, cuyas partículas en agitación permanecen distantes entre sí, incapaces de fusionarse y tomar una órbita común”. Abarcan una diversidad de comportamientos, que difícilmente logran una articulación consensual, y no son sujetos de clase.

Aclarando que, si bien todo actor forma parte de relaciones de clase, existen otras formas de relación -étnicas, juveniles, religiosas, regionales, de género, etc.- que son esenciales para entender la acción y la conciencia de los grupos sociales (*ibid*: 119-120). También hay que tener en cuenta que en América Latina, el Estado juega un papel central en la dinámica de la vida de los movimientos sociales, siendo un referente inevitable de las protestas y reivindicaciones, al mismo tiempo que se intenta preservar la autonomía de las organizaciones frente al peligro de la cooptación y el tutelaje paternalista.

En cuanto a los análisis de los movimientos sociales que se desarrollaron desde los años setenta, prácticamente no se identifica el género de sus participantes, ni se preguntan sobre el carácter que el género le imprime a la participación, a las prácticas colectivas, a los sentidos de la acción (JELIN 1987: 11), ni se interesan por los conflictos y costos personales que afectan a las mujeres al involucrarse en los nuevos movimientos (MASSOLO 1992a). Ya sea tanto por el paradigma estructural marxista como por el paradigma androcéntrico, la "invisibilidad" de las mujeres es lo que más se encuentra en buena parte de las investigaciones. Esta omisión o referencia "de paso" -que tantas lagunas y sesgos de conocimiento ha provocado- no solamente aparece en los movimientos sociales contemporáneos sino en los que a lo largo de la historia han contado con la participación y contribución de las mujeres. La multiplicación de los estudios de la mujer, resultado de la segunda ola del feminismo que creció desde mediados de la década de los sesenta, ha rescatado del olvido y la omisión a las mujeres logrando introducir el género como una categoría analítica relevante para la comprensión y discusión de los actores colectivos que conforman y construyen los movimientos sociales y políticos. Revisiones y reflexiones sobre los estudios señalan el enfoque bipolar que tiende a prevalecer sobre la presencia de la mujer en los movimientos, ya sea como víctima sacrificada o luchadora incansable y radical (NASH, 1984; WESTWOOD and RADCLIFFE, 1993; STOLTZ CHINCHILLA, 1993). Las críticas a esta oposición binaria han ayudado a equilibrar la perspectiva de género y a encontrar los matices, las ambivalencias y la diversidad de la participación femenina en distintas circunstancias y contextos.

Otra cuestión importante es evitar el concebir a las mujeres como un actor colectivo, homogéneo y compacto. En este sentido, Alberto Melucci (1991) enfatiza la naturaleza diversa y compleja del actor colectivo y la pluralidad de orientaciones, significados, relaciones y formas de acción que contiene lo que empíricamente se denomina "movimiento". Analítica y metodológicamente, la participación de las mujeres requiere ser visualizada considerando sus niveles, formas, intereses y tiempos de duración. Las mujeres no participan por igual aunque compartan una identidad colectiva forjada en las luchas, en las mismas necesidades y demandas que las impulsan a la acción pública. Diversas características individuales, condiciones familiares y económicas e historias de vida inciden de una u otra manera sobre las posibilidades, los alcances y límites de la participación femenina en los movimientos sociales, ya sean mixtos o exclusivos de mujeres.

De los estudios se desprende la distinción entre los movimientos mixtos cuyos fines son sociales y políticos, movimientos organizados por mujeres para satisfacer necesidades y demandas que derivan de la división sexual del trabajo pero sin cuestionar explícitamente la subordinación de la mujer, y los movimientos feministas que rechazan las justificaciones biológicas y religiosas de la subordinación y persiguen la equidad de género (STOLTZ CHINCHILLA, *op. cit.*). Mirando el heterogéneo movimiento de mujeres latinoamericanas, se identifican tres principales vertientes diferenciadas: la feminista, la popular y la que emerge de los espacios políticos tradicionales (partidos políticos y sindicatos). Como dice Virginia Vargas (1992: 22-23), estas vertientes se tocan e interceptan continuamente y son espacios en los cuales las mujeres están descubriendo una manera diferente de ser mujeres, construyendo las bases para nuevas identidades. Son espacios anclados en la vida cotidiana desde los cuales las mujeres descubren la complejidad de la subordinación y las formas de resistirse a ella. La vertiente popular se gesta en los barrios y asentamientos marginados de las ciudades donde las mujeres asumen la lucha por la subsistencia de sus familias y el mejoramiento de las condiciones de vida en el hábitat;

se organizan y participan en la esfera pública respondiendo a las obligaciones de los roles tradicionales de género, bajo los efectos de la crisis y las políticas de ajuste económico.

Mujeres en los movimientos populares urbanos

Emergentes durante la década de los setenta, los movimientos populares urbanos (conocidos también como movimientos vecinales, de pobladores, moradores, villeros, de barriadas) son mixtos; pero la densidad social mayoritaria está compuesta por mujeres. La posesión de un terreno, la vivienda, los servicios y equipamientos de consumo colectivo son temas emblemáticos de estos movimientos estrechamente vinculados a los roles e intereses de las mujeres, como madres y amas de casa. Aparece aquí otra distinción, frecuentemente utilizada, entre los intereses prácticos de género y los intereses estratégicos de género que manifiestan las mujeres a partir de distintas formas y objetivos de participación. Distinción que no debe ser concebida ni aplicada suponiendo una oposición irreductible entre unos y otros intereses, ni como etiqueta que califica esquemáticamente a unas y otras mujeres, sino como una herramienta de análisis que permite diferenciar las necesidades y los intereses de género según los procesos, las motivaciones y experiencias a lo largo de la participación en la vida pública.

Como muchos problemas urbanos significan problemas que atañen a las mujeres -dado que corresponden a la esfera de la reproducción y el consumo colectivo-, los intereses prácticos de género ligados a las necesidades materiales más inmediatas y urgentes, que perciben de acuerdo a los roles asignados y a la división sexual del trabajo, responden coherentemente a la incidencia de esos problemas sobre el desempeño social de los roles domésticos: la seguridad y el bienestar de la familia. Los intereses prácticos de género son el motor que impulsa a las mujeres de los sectores populares excluidos de los beneficios del desarrollo urbano, a la organización comunitaria, a la movilización y acción colectiva desde los espacios habitacionales. Son detonadores de la proyección de los roles de género desde la esfera privada al escenario público, pero con un perfil decidido a ex-

presar protestas, demandas e iniciativas que apuntan a los poderes públicos y a las políticas de gestión urbana responsables de la situación en la que se encuentran. Los intereses prácticos constituyen la base de la participación política informal de las mujeres incorporadas a los movimientos populares urbanos, y se politizan al traducirse en asuntos de interés colectivo que requieren de atención y respuesta pública.

De "economicista" y "clasista" ha sido catalogada la participación femenina en los movimientos populares urbanos, viendo solamente una dimensión de los intereses y actividades de las mujeres. La enorme desigualdad social que ha producido la urbanización de América Latina -agravada estas últimas décadas- impone a las mujeres, migrantes del campo a la ciudad o antiguas pobladoras, la prioridad de resolver necesidades materiales básicas por sobre cualquier otra meta en sus vidas, mientras no se logren las soluciones y mejoras que suelen tardar muchos años. Las prácticas colectivas dirigidas a la prioridad de las necesidades básicas insatisfechas son una estrategia racional y creativa de parte de las mujeres, potenciando su papel de nuevo actor social del escenario urbano en conflicto que entra a la disputa por el derecho a la ciudad.

Si se trata de "economicismo", éste es más un reflejo de la desigualdad estructural y de la incapacidad e ineficacia del Estado, que un proyecto deseado por las mujeres y las organizaciones sociales. Los movimientos urbanos no son movimientos que se identifican con una clase sino por la pertenencia territorial y los lazos comunitarios; tienen una composición social heterogénea aunque en América Latina no suelen incorporar fracciones de la clase media. El término "popular" se ha considerado más adecuado para referirse a los sectores sociales empobrecidos y excluidos que componen estos movimientos y que tienen diversas inserciones laborales mayormente en el mercado informal, pero cuya heterogeneidad no impide que se reconozca una vivencia común de segregación y carencias en el espacio urbano, creadora de identidades colectivas y conciencia de intereses comunes.

Lo de "clasista" tiene más bien su origen en la ideología política de la izquierda revolucionaria que tuvo influencia en la

organización y dirección de los movimientos urbanos en algunos países como México, Perú y Chile. Pretendiendo gestar dentro de estos movimientos un potencial sujeto revolucionario que se vinculara a la lucha de clases, los/as militantes les inculcaron a las mujeres algunas nociones de identificación con la clase explotada a pesar del fracaso de sus teorizaciones y expectativas. Evidentemente, la posición de las mujeres en la estructura de clases moldea y orienta sus intereses prácticos de género; pero de ninguna manera determina una perspectiva clasista ni la incorporación en la acción colectiva; tampoco lo determina la pobreza, si no tendríamos millones de mujeres movilizadas en luchas sociales y políticas. Otros factores relacionados con la clase y a la pobreza intervienen en el impulso que toman las mujeres hacia la participación en movimientos sociales y distintas organizaciones, procurando realizar sus proyectos de cambio del estado de las cosas que padecen.

Por otra parte, los movimientos populares urbanos no son movimientos de género pero las mujeres son su base social mayoritaria y son destacadas protagonistas que sostienen y reciclan los movimientos, cuyas dirigencias son generalmente masculinas. La presencia femenina en estos movimientos, así como en asociaciones vecinales, ha llamado la atención y motivado numerosos estudios (entre otros, BLONDET, 1987; CALDEIRA, 1987; MASSOLO, 1992a y 1992b; CORCORAN-NANTES, 1993; FEIJOÓ y HERZER, 1991; STEPHEN, 1997). Como "caja de Pandora", surge una impresionante riqueza de experiencias que nos revela la significativa importancia que adquieren para la vida de las mujeres estos nuevos espacios locales de participación social, donde se entrelazan lo privado y lo público cotidiano y desde donde surgen las transformaciones de vivir la condición femenina. No obstante la sobrecarga de esfuerzos, en la tercera jornada de trabajo que implica el compromiso con las actividades del movimiento -porque es una jornada adicional a la del trabajo doméstico y a la que tienen que asumir buscando obtener ingresos monetarios- las mujeres encuentran una vía cercana de acceso a experiencias novedosas fuera de la rutina doméstica y las cuatro paredes de la casa, así como ámbitos de sociabilidad y solidaridad que las conmueven. Sentirse

formando parte de un “nosotros” que comparte problemas, redes de apoyo y propósitos comunes, adquirir la noción y práctica de los derechos ciudadanos, vencer el miedo a dar opiniones públicas, reconocer en sí mismas sus capacidades y aportes, descubrir en el proceso de participación la desigualdad y subordinación que afecta a su género, son vivencias y aprendizajes que les amplían y cambian el horizonte de sus vidas.

Los movimientos de base territorial, al ser vehículos de inclusión de las mujeres en la esfera pública, les ofrecen oportunidades de contar con nuevas relaciones sociales y canales de información. También las exponen al trato con diversos agentes externos, como militantes políticos, agentes pastorales de la Teología de la Liberación y organizaciones no gubernamentales (ONG), que les despiertan intereses insospechados y las motivan a tomar conciencia sobre las causas de la injusticia social, sacándolas de la resignación y el asistencialismo, y sobre su problemática como mujeres ayudándolas a conocerse y valorarse. En este sentido, Virginia Vargas (*op. cit.*, 59-61) hace una correcta observación respecto al enfoque tradicional sobre la vertiente popular del movimiento de mujeres, que define su protagonismo no como el proceso complejo, ambivalente, enriquecedor, de búsqueda de una nueva identidad, sino que lo reduce a la capacidad de unirse contra el Estado, de apoyar luchas “generales” y responder a las necesidades de la familia, siendo que estos aspectos no son los únicos ni los más desarrollados; por otro lado señala ciertos enfoques feministas que niegan la importancia de las luchas alrededor de las necesidades de subsistencia, argumentando que sólo refuerzan la división sexual del trabajo, asignando y extendiendo las tareas domésticas a las mujeres. La polémica es inevitable y sigue vigente, mientras tanto las mujeres en los barrios y asentamientos tienen sus experiencias y realizan proyectos de autogestión que contienen iniciativas y esfuerzos de cambio y superación, junto a la carga de lo tradicional, costándoles sensibles tensiones y riesgos. Además, nuestras teorizaciones sobre la acción colectiva de las mujeres, como concluye Lynn Stephen (*op. cit.*), tienen que surgir de las particularidades de los casos específicos y no de categorías abstractas que pretenden imponer un orden y una interpretación universal sobre los diferentes proyectos políticos de las mujeres.

La supervivencia parece un estigma que marca la presencia pública de las mujeres movilizadas en torno a los bienes y servicios de consumo básico. Sin embargo, es mucho más que supervivencia lo que las anima y caracteriza. Es un concepto y proclama de *defensa de la vida*, que no solamente implica resistencia al empobrecimiento y a la exclusión sino la reivindicación ética de la dignidad, los derechos y la solidaridad. El género aporta a los movimientos sociales una visión y práctica de defensa de la vida arraigada en sentimientos, afectos y cuidados, concretamente vinculados a las necesidades integrales de los seres humanos. En el caso de las luchas populares urbanas, algunos asuntos de interés que plantean las mujeres son considerados "irrelevantes" o "secundarios" como los temas de alimentación y salud, y de género, cuando son precisamente estos temas los que han revitalizado a las organizaciones de capa caída y les han dado a las mujeres un liderazgo protagónico en la escena pública.

La experiencia y el poder que adquieren las mujeres, gracias a sus habilidades y compromisos de participación en estos movimientos mixtos, les permiten poner en entredicho el monopolio masculino en la dirigencia y cuestionar las desigualdades en las relaciones sociales de género desde el ámbito de la vida privada. Se prepara un buen caldo de cultivo en el que germinan los intereses estratégicos de género, las impugnaciones al machismo y al feminismo popular, como en México donde las mujeres no han constituido sus propias organizaciones funcionales de subsistencia, a diferencia del Perú. También en Brasil, las mujeres desarrollan sus experiencias políticas asociadas con los hombres que participan en los movimientos populares urbanos, y descubren sus intereses estratégicos a través de las luchas alrededor de los intereses prácticos de género (CORCORAN-NANTES, *op. cit.*).

Si las mujeres se incorporan a la acción colectiva legitimadas por sus roles tradicionales e intereses prácticos, esto no las exime de la subordinación, marginación y represión. Al contrario, la participación femenina siempre resulta de un tira y afloje entre el permiso y la oposición del marido o compañero, entre acusaciones, golpes y estrategias de convencimiento, entre du-

das, culpas y decidida voluntad, entre los aplausos de ser valiosas participantes y el control masculino de las posiciones de mayor visibilidad y poder político. La vivencia de iniquidad, la violencia doméstica y las contradicciones de género en el interior de las organizaciones construyen el primer puente que conecta a las mujeres con los intereses estratégicos de género, dándose cuenta de sus problemas específicos y visualizando los derechos de la mujer. No fácilmente los objetivos feministas se despojan del estigma "pequeñoburgués" y se van comprendiendo relacionados con la situación y las necesidades de las mujeres de escasos recursos, sobre todo mediante la presencia y el trabajo de las ONG feministas que se vinculan a ellas. Nuevos espacios y proyectos se establecen dentro de las organizaciones captando un latente e intenso deseo de las mujeres de intercambiar experiencias de vida, recibir conocimientos, información y apoyos sobre los problemas y demandas de género, adquirir autoestima y ocuparse de asuntos que sienten que son importantes para sus vidas. En el proceso surgen conflictos, tensiones y contradicciones a granel; pero las mujeres asumen sus intereses estratégicos de género como un desafío propio, de acuerdo a las formas y el contexto en los que viven su subordinación.

Defender la vida volcada hacia los otros puede llegar a significar también querer cambiar la propia vida de la mujer. De hecho cambia participando en los movimientos; aunque no cuestiona ni revierte la división sexual del trabajo, no es la misma mujer que emprendió alguna vez la salida al mundo público. El potencial de cambio molecular y cotidiano existe en los movimientos y en las mismas mujeres que contribuyen a crearlos y renovarlos. Pero la aspiración a cambiar la vida, que expresa la vertiente popular, tiene que ver con la emergencia de una identidad de género que percibe la desigualdad y subordinación en las relaciones de género, dañando las vidas individuales de las mujeres. Los logros materiales son una satisfacción y un alivio; pero se quiere volver a una nueva cotidianidad en la que las mujeres no tengan que someterse al autoritarismo machista, a las agresiones verbales y físicas, a la sobrecarga de responsabilidades domésticas, al control de sus cuerpos y mentes. Es un sueño que comparten muchas mujeres pobres movilizadas defendiendo la vida.

Reflexiones finales

Los movimientos sociales son producto de la sociedad y tienen sus ciclos de vida. Algunos permanecen renovándose, otros desaparecen y nuevas formas de la acción colectiva abren y ocupan espacios en el escenario público. Una pluralidad de actores articula el tejido social frente a la atomización y el individualismo; hace escuchar sus voces y aporta a la modernización y democratización de las sociedades y los sistemas políticos de América Latina. Las mujeres, con sus propias organizaciones o incorporadas a movimientos mixtos sociales y políticos, representan una parte sobresaliente de la pluralidad de actores llevando adelante el movimiento de mujeres latinoamericanas a través de diversos impulsos y transformaciones. Y se han convertido en sujetos sociales que no pueden ser ignorados y no se dejan ignorar: la "invisibilidad" de las mujeres en los movimientos ya es un fenómeno residual y anacrónico, aunque siempre hay que estar alerta para denunciarlo.

Bajo los dramáticos efectos de la crisis y las políticas de ajuste, las mujeres de los sectores populares urbanos han desempeñado, y desempeñan, un papel fundamental en el mantenimiento de la supervivencia familiar y en las acciones colectivas destinadas al mejoramiento de las condiciones de vida en el hábitat. Los roles de género tradicionales les han facilitado y legitimado el acceso a la esfera pública, pero no han quedado atrapadas entre los intereses prácticos de género -reiterando que las mujeres no son un actor colectivo homogéneo y compacto que participa por igual-. Que se haya conformado una vertiente popular del movimiento de mujeres indica el destacado protagonismo femenino en las actividades comunitarias y los movimientos urbanos, y el potencial de fuerza social que representan estas mujeres organizadas a partir de las necesidades básicas de la vida cotidiana. El perfil de ciudadanas que adquieren es una de las extraordinarias novedades, dependiendo de los contextos y procesos sociales y políticos. El perfil que delinean los intereses estratégicos de género es la otra extraordinaria novedad, dependiendo de las características de las organizaciones y los movimientos, de las relaciones con ONG feministas y otros agentes externos, y de las experiencias individuales y co-

lectivas de las mujeres. El perfil de madre, ciudadana y mujer pertenece finalmente a un mismo rostro que se mueve y actúa buscando defender y cambiar la vida, en la medida de lo posible y deseable.

BIBLIOGRAFÍA

- BLONDET, C., (1987), "Muchas vidas construyendo una identidad: las mujeres pobladoras de un barrio limeño", en *Ciudadanía e Identidad. Las mujeres en los movimientos sociales latino-americanos*, Elizabeth JELIN (comp.), Ginebra, UNRISD.
- CALDEIRA, T., (1987), "Mujeres, cotidianidad y política", *ibid.*
- CALDERÓN, F., (1995), *Movimientos sociales y política*, México, Siglo XXI Editores.
- CORCORAN-NANTES, Y., (1993), "Female consciousness or feminist consciousness?: women's consciousness raising in community-based struggles in Brazil", en *Viva! Women and popular protest in Latin America*, S. A. Radcliffe and S. Westwood (eds.), Londres, Routledge.
- FEIJÓO, Ma. del C. y HERZER, H., (comps.), (1991), *Las mujeres y la vida de las ciudades*, Buenos Aires, HED-América Latina y Grupo Editor Latinoamericano.
- JELIN, E., (1987), "Introducción", en *Ciudadanía e Identidad. op. cit.*
- MASSOLO, A., (1992a), *Por Amor y Coraje. Mujeres en movimientos urbanos de la ciudad de México*, México, PIEM, El Colegio de México.
- , (comp.), (1992b), *Mujeres y Ciudades. Participación social, vivienda y vida cotidiana*, México, PIEM, El Colegio de México.
- MELUCCI, A., (1991), "La acción colectiva como construcción social", en *Estudios sociológicos*, Nro. 26, México.
- NASH, M., (1984), "Nuevas dimensiones en la historia de la mujer", en *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, M. Nash (ed.), Barcelona, Ediciones del Subal.
- STEPHEN, L., (1997), *Women and Social Movements in Latin America*, Austin, University of Texas.
- STOLTZ CHINCHILLA, N., (1993), "Gender and national politics: issues and trends in women's participation in Latin American movements", en *Researching women in Latin America and the Caribbean*, E. Acosta-Belén and C. E. Bose (eds.), Boulder, Westview Press.
- VARGAS V. V., (1992), *Cómo cambiar el mundo sin perderse*, Lima, Ediciones Flora Tristán.
- WESTWOOD, S., and RADCLIFFE, S. A., (1993), "Gender, race and the politics of identities in Latin America", en *Viva! Women and popular protest in Latin America, op. cit.*